

GEMA BONNÍN

ARENA ROJA



NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Gema Bonnín, 2016


© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-945277-0-8
Depósito Legal: M-13211-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Para mi abuela, Isabel Horrach, cuyo espíritu inquebrantable me acompañará siempre, y para mi madre, quien representa para mí la idea de cariño y entrega incondicionales.

PRÓLOGO

22:19 h

26 de octubre de 2179

Shanghái, China

Una cortina de humo le impedía ver con total nitidez al individuo, pero, en cuanto apareció en la sala del club, Martina se sintió irremediabilmente atraída por él.

Aquel tipo tenía una forma de moverse que intimidaba y a la vez resultaba misteriosa, una combinación de lo más seductora para una chica que, a sus veinte años y tras una larga temporada sola, ansiaba compañía. Llevaba meses viajando y la cosa no mejoraba. Esa noche había salido del albergue con la intención de divertirse y vivir un poco, relajarse... o distraerse. Pero había acabado en aquel antro oscuro. Sólo ese hombre le inspiraba cierta confianza, entre otras cosas porque era occidental, igual que ella, y esa familiaridad era un alivio. No la miraría con condescendencia y recelo, a diferencia de algunos lugareños.

El hombre atravesó la bruma del local y se sentó a su lado, junto a la barra. Apenas se fijó en ella y eso no hizo más que incrementar su interés, pues se había acostumbrado a las miradas ajenas desde la adolescencia. Acto seguido, pidió un whisky escocés. Su voz era grave.

Mientras se lo servían, Martina lo observó. La disparidad entre sus facciones duras y sus ojos claros, de un azul cristalino, le daba una apariencia bastante atractiva, pero lo que más le llamó la atención fue la melancolía que sugería su mirada; en cierto modo, traicionaba su rostro pétreo y sus movimientos seguros.

Parecía tan abatido y preocupado como ella.

—Hola —lo saludó en inglés, y él la miró de soslayo, sin apenas girar el cuello—. Me llamo Martina.

—Nestor —respondió tras una pequeña vacilación.

Ella le sonrió y contempló cómo bebía un trago de su copa. Suspiró, tratando de pensar en algún tema ingenioso que pudieran compartir... Pero no se le ocurrió nada que valiera la pena y optó por seguir el curso habitual de todas las conversaciones entre extraños:

—¿De dónde eres?

Él hizo una mueca, como si no le gustase que una desconocida le planteara preguntas de esa índole.

—No me considero de ninguna parte en concreto —contestó finalmente—. He vivido en Rusia, Dinamarca, Alemania, Austria...

—Oh, Austria es muy hermosa.

—Es uno de los pocos lugares de Europa donde puede apreciarse el color verde en el paisaje. Tú eres de España, ¿verdad?

—Sí. ¿Se nota mucho?

—En el acento. No te conozco tanto como para saber si se nota en otros aspectos.

Ella arqueó una de sus perfiladas cejas.

—Ajá... ¿Y en qué más aspectos puede notarse?

Pero Nestor no contestó, se limitó a sonreírle irónicamente y a dar otro sorbo al vaso. Martina se ruborizó.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veintisiete. Y, sin duda, tú eres más joven que yo. —La miró asentir y estudió su semblante—. ¿Cuánto más?

Martina ladeó la cabeza y reprimió una sonrisa traviesa.

—Intenta adivinarlo.

—¿Veintitrés?

—Frío.

—Veinte —declaró con seguridad.

Ella parpadeó. No había esperado que lo acertara tan pronto.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Ha sido suerte?

—No exactamente. Calculaba que no tenías más de veintitrés ni menos de veinte. Me he ido a uno de los dos extremos. Si hubieras tenido veintidós, habrías dicho «tibio». Si hubieras tenido veintiuno, habrías dicho «caliente». Así que tenía que ser veinte.

—Vaya, debo decir que estoy impresionada. ¿Eres igual de listo para todo?

—Trato de serlo.

Justo entonces, la radio que el *barman* tenía puesta anunció una noticia que captó la atención de muchos: «El grupo empresarial Hydrus ha adquirido esta mañana el 60% de las acciones de la marca textil Marnadress, lo que la convertirá en una importante partícipe en el sector de la moda. Tras esto, el señor Malinov, dueño y presidente de la multinacional, ha logrado que su creciente y relativamente nuevo imperio se convierta en la quinta compañía con más facturación del mundo, todo un récord para una empresa con una trayectoria de poco más de tres años...».

—Es increíble —murmuró Martina.

Le fascinaba el mundo de las empresas y la economía. Le hubiera gustado mucho fundar su propia compañía o trabajar en una muy

grande, demostrar de lo que era capaz. Sin embargo, por el momento le ocupaban la mente otros asuntos más urgentes.

—¿Crees que tardará mucho en convertirse en la empresa líder del mercado asiático? —inquirió su compañero con curiosidad.

A ella le sorprendió su interés, pero trató de responder con franqueza:

—Eh... A este paso, diría que no —contestó mientras se alisaba su vestido morado.

—Yo pienso que ya podría haberlo sido.

—¡Pides demasiado! —Martina se echó a reír—. Eso sería una verdadera hazaña.

—Tal vez —convino él—. De todos modos, la gente es muy impresionable.

—¿A qué te refieres?

—A que Hydrus no es una empresa tan maravillosa como se sugiere en los medios. —Su voz denotaba amargura.

—Está generando muchísimos beneficios. ¿No es eso todo lo que se puede pedir?

Nestor se encogió de hombros.

—Tú eres europea —observó—; sin duda, sabrás que todas estas compañías tienen más de un asunto turbio en nuestro querido continente. Quitémonos la venda de los ojos por un segundo, Martina, y reconozcamos lo que siempre hemos sabido: las empresas del primer mundo no mueven un dedo por nosotros y, es más, son ellas las promotoras o incluso las causantes de muchos de los problemas que ahora asolan Occidente. No creerás que Hydrus es distinta, ¿verdad?

—Supongo que éticamente se le pueden recriminar tantas cosas como a las demás empresas... Aunque no creo que eso sea algo fácil de cambiar.

—Por supuesto que no lo es. A lo mejor es imposible cambiarlo porque ya no hay solución. —Su expresión era distante.

—¿Entonces?

—No lo sé... Pero no creo que esas compañías merezcan aplausos. Aunque..., en fin, ya lo he dicho: la gente es impresionable.

Ese hombre era frágil, más de lo que aparentaba. A pesar de que no se había alterado en ningún instante y de que su voz sonaba monótona, era obvio que algo le inquietaba.

Ahora su curiosidad se había incrementado considerablemente.

—¿A qué te dedicas, Nestor?

—No sabría decirte. Mi función es... administrativa, por así decirlo. Aspiro a algo mejor.

—¿Como a qué?

—Siempre he deseado tener éxito en los negocios.

Martina soltó una melodiosa carcajada.

—Como todos.

Él le dedicó media sonrisa.

—Pero en lo personal, me gustaría colaborar con alguna entidad que tratase de equilibrar un poco la balanza, ¿sabes? Intentar minimizar las miserias que asolan Occidente.

—Vaya, ¿de verdad te gustaría eso?

—No sé si me gustaría, pero sería lo correcto.

—Así que eres un hombre de principios.

Él profirió una seca carcajada.

—Ya quisiera yo, pero los principios requieren falta de pragmatismo y me temo que yo no tengo mucho de eso.

Ella se rió.

—Lo tendré en cuenta.

—Y dime, ¿qué haces por Shanghái?

El rostro de Martina adoptó una sombra de tristeza, de nostalgia y de impotencia. Nestor supo de inmediato que se trataba de un asunto delicado.

—No es necesario que me lo cuentes.

—No, debería compartirlo con alguien, ¿sabes? —murmuró—. Lo cierto es que es difícil sobrellevar esto sola. —En cuanto vio por su mueca que no le apetecía mezclarse en problemas ajenos, Martina se apresuró a aclarar—: No tienes por qué escucharlo.

—Si sólo quieres a un oyente, me tienes a tu disposición.

Ella se removió incómoda en su asiento.

—Está bien... Voy en busca de mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Sí... Con el que por entonces era mi novio, ya sabes... Locuras de la adolescencia. El caso es que me lo arrebataron y ahora trato de dar con él.

—¿Lo raptaron?

—No. Pasábamos mucha hambre y... mi pareja lo vendió sin mi consentimiento... —Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y carraspeó—. Pensándolo mejor, no quiero hablar de ello. —El tráfico de seres humanos resultaba insólito en Asia, pero en Occidente era de lo más habitual. Demasiado habitual. Respiró hondo y se animó a formular una pregunta—: ¿Y tú qué? ¿Cómo acabaste aquí?

—Vine por la misma razón que todos: para escapar de la miseria y hacer fortuna.

—Ah, la fortuna, esa gran aliada. Cuando encuentre a mi hijo, también yo la buscaré y me instalaré en alguna ciudad de por aquí.

—Te recomiendo Hong Kong. Tiene mucha influencia occidental, hay verde por todas partes, las calles son anchas, no hay demasiada contaminación... Es un lugar bonito.

—Suenan muy bien —asintió Martina—. Quizá debería dirigirme allí.

—Es posible que encuentres alguna pista sobre el paradero de tu hijo. Por ahí se mueve todo tipo de información sobre las irregularidades que se dan en el viejo continente. La controlan las mafias de allí, de Tokio y de Singapur.

—¿En serio? —Martina sacó de su bolso el móvil y apuntó el dato—. Eso me será útil. ¿Cómo es que estás al tanto?

Él se encogió de hombros.

—Uno acaba enterándose de estas cosas.

—Pues gracias por compartirlo conmigo —musitó ella, acercándose peligrosamente a él.

—No se merecen.

Sólo unos centímetros de aire separaban sus labios.

Hablaron unos minutos más, debatiendo sobre las políticas que se aplicaban en Asia y que no parecían existir en América o Europa, criticando las nuevas corrientes arquitectónicas y rememorando anécdotas de su infancia. En un momento dado, Martina jugueteó con su cabello y se echó a reír.

—Nestor, ¿te parezco atractiva?


—Conoces la respuesta. ¿Hay alguien a quien no se lo parezcas?

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción.

De pronto, dos tipos tan ebrios que apenas se movían en condiciones se enzarzaron en una pelea cerca de ellos. Martina miró a su acompañante y sonrió.

—¿Te apetece que vayamos a un sitio más tranquilo?

Él apuró su whisky y se levantó.



PRIMERA PARTE

AVANZAR O SUFRIR

*Aprendí que no se puede dar marcha atrás,
que la esencia de la vida es ir hacia delante. La vida,
en realidad, es una calle de sentido único.*

AGATHA CHRISTIE

1

Las tragedias nunca ocurren por una sola razón. Siempre es una pequeña desgracia detrás de otra lo que acaba desencadenando una catástrofe.

Por supuesto, mi caso no fue diferente, pese a que sucediera todo muy deprisa.

Forceland era el nombre de una de las casi cuatrocientas mansiones y veinte edificios que conformaban aquel complejo residencial a las afueras de la gran urbe que era Hong Kong, cuyo acceso estaba restringido a unas pocas personas privilegiadas que compartían una característica: casi todos sus habitantes adultos eran mujeres. Y una gran mayoría de esas mujeres eran madres solteras de hijos ilegítimos de magnates millonarios, políticos o personalidades de cualquier parte del mundo, aunque sobre todo de Asia.

Yo nací y me crié en aquel complejo.

Goldenpark. Así se llamaba.

Además de viviendas caras y lujosas, contaba también con una clínica, un cine, un supermercado y un banco. Sin embargo, no había escuela. Los niños recibían la educación en casa y esta la supervisaban al milímetro sus progenitores.

Hasta los doce años, aquella fue la vida que conocí. A los menores de edad no nos permitían salir de Goldenpark. Nuestras madres

podían hacerlo de vez en cuando; nosotros no, aunque corrían rumores de críos que habían tenido la oportunidad de hacerlo en alguna ocasión aislada.

Yo era una de ellos.

De pequeña oí hablar de esa maravillosa ciudad en muchas ocasiones y, si bien es cierto que tenía cierta curiosidad por conocerla, no se trataba de algo que me obsesionara. Pero mi madre decidió sacarme un día, cuando cumplí los diez años. Esa semana, mi padre no me visitó porque estaba de viaje de negocios, así que a ella se le ocurrió que era un buen momento para que me adentrara en la ciudad donde había nacido y me llevó a la gran metrópoli, donde pasamos el día comprando, tomando helados, asistiendo a un espectáculo en la bahía... Recuerdo lo mucho que me impactaron los inmensos rascacielos, grandes como montañas, resplandecientes como diamantes, con algunas naves y aeromóviles flotando entre unos y otros.

Fue una gran tarde, aunque mi madre me hizo prometer que no le hablaría de la experiencia a nadie. Me dijo que sería nuestro secreto, y yo estaba encantada de compartirlo con ella.

Un día estaba con mi mejor amigo, Samuel, cuando me hizo una pregunta que para mí era más o menos familiar, pues ya me la había formulado antes:

—¿Crees que nuestros padres nos quieren?

Yo no contesté enseguida. No sabía muy bien cuál era la respuesta. Nuestros progenitores acudían a visitarnos de vez en cuando a Goldenpark, aunque no tan a menudo como a nosotros nos hubiera gustado.

—No lo sé. Espero que sí. —Aunque ni siquiera yo lograba creérmelo.

—Pues yo creo que no. Se avergüenzan de nosotros. Nos tienen aquí encerrados... Hay mucho mundo más allá de esto, ¿sabes? Y está lleno de gente y de cosas increíbles... Ellos viven allí día tras día y, fíjate, nosotros estamos aquí. Nadie sabe que existimos.

El pesimismo de Samuel era tan característico en él como podrían serlo sus ojos oscuros y ligeramente rasgados o su pelo pajizo. Era perspicaz, reflexivo, pero detestaba la acción. A pesar de lo consciente que era de los problemas que había en el mundo, Samuel se limitaba a enumerarlos y nunca se planteaba cómo erradicarlos.

—Sí lo saben —declaré con convicción.

—Bueno, saben que existe un lugar donde los maridos infieles pueden esconder los frutos de esa infidelidad, pero eso es todo. No saben cuántos somos ni cómo nos llamamos... Nada. Seguro que muchas de sus mujeres tampoco lo saben.

—Igual lo sospechan...

Samuel bufó con desdén.

—A saber. Si sospechan algo, será del marido de las demás, pero del suyo propio créeme que no. O no quieren ni pararse a pensarlo.

Me deshice la coleta y dejé que la brisa me acariciara la melena. Estábamos en el parque central, rodeados de columpios, árboles, toboganes... Nos acomodamos bajo la sombra de un pino. Desde nuestra posición, atisbábamos la muralla lisa y blanca que cercaba todo el complejo.

—¿Sabes qué? —soltó de pronto Samuel—. La televisión está censurada.

—¿Qué significa eso?

—Vamos, Faith, con doce años deberías saberlo. Yo a tu edad ya lo sabía.

—¿Y eso cuándo fue? ¿Hace siete meses?

—Siete meses dan para mucho.

Solté una carcajada sarcástica.

—Lo que quiero decir —prosiguió— es que por la tele sólo vemos lo que nuestros padres quieren que veamos. En cada casa hay unas restricciones concretas, pero creo que nos ocultan las mismas cosas, más o menos.

—¿Por ejemplo?

—Anuncios de las universidades.

—Universidades... Me suena esa palabra.

—¿Ves? A eso me refiero. Una universidad es un sitio donde uno puede estudiar lo que quiera para trabajar en lo que le dé la real gana.

Abrí los ojos y lo miré con súbito interés. A mí siempre me habían dicho que no tenía que preocuparme por nada, que acabarían escogiendo un empleo por mí; uno en el que pudiera desenvolverse con comodidad. Y a casi todos mis vecinos les pasaba lo mismo. No creí que hubiera mucha gente capaz de decidir su propio futuro de manera tan libre. Hasta donde yo sabía, a todos los niños se los educaba con un sistema de docencia general hasta los catorce años. Una vez alcanzada esa edad, se les hacía una prueba de aptitud que duraba casi dos días, mediante la cual un conjunto de expertos decidía qué oficio era el adecuado para cada estudiante. Basándose en toda una suerte de aptitudes como la resistencia, la agilidad mental, la memoria, las habilidades físicas, el carisma y un largo etcétera, un jurado daba un veredicto que determinaría a qué tendría que dedicarse profesionalmente. Y desde los catorce, una vez conocida la sentencia, se le proporcionaba una educación enfocada a aquello para lo que valía.

A mí me habían contado que, en el pasado, las personas decidían qué estudiar y en qué trabajar basándose en algo llamado vocación. Podían escoger a qué dedicar su vida con independencia de sus aptitudes para ese trabajo. Que semejante cosa siguiera ocurriendo en el presente me resultó del todo inverosímil.

—¿Y acuden muchas personas?

—Cientos, quizá miles. En Asia es necesario ser muy rico para hacerlo. Y en Europa..., bueno, allí no sé muy bien cómo funciona, pero sé que hay muchas universidades.

Me lo quedé mirando un segundo, dubitativa.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Porque leo.

—Yo también leo.

—Bah, pero tú lees novelas de aventuras y de amor; eso no te enseña nada. Yo leo enciclopedias.

—Suena aburrido.

Bufó con desdén.

—Pero es más productivo, créeme.

Me quedé callada. Me daba la sensación de que Samuel estaba más arisco de lo habitual. O sea, muy arisco. Le notaba tenso, antipático; obviamente, no estaba de buen humor, pero me pregunté si habría algo más. Tal vez me considerase tonta y le aburriera hablar conmigo.

Pensé en lo que acababa de decirme.

Yo no leía en exceso, pero era cierto que en mi estantería la mayoría de los libros que podían encontrarse eran de acción, fantasía y esas cosas. Aunque tenía dos ejemplares impresos sobre arte, llenos de fotografías y gráficos. Me gustaba tocar el papel, olerlo... Era algo que, debido a su formato electrónico, no podía hacer con los demás.

Me tumbé de espaldas sobre la hierba y observé el cielo gris y el contorno verde del pino que nos protegía. Las nubes eran blancas y se mecían en el firmamento. Algunas resultaban difíciles de distinguir, pues su tonalidad se mezclaba con el matiz plomizo del cielo... Antes, este había sido de un azul límpido. O eso decían. En alguna ocasión yo había tenido la oportunidad de ver un cielo así, totalmente azul. Ocurría muy pocas veces al año, pero, si las condiciones meteorológicas lo permitían, era posible apreciar esa tonalidad. A mí me costaba creer que, en el pasado, el cielo hubiera sido azul casi todos los días. Tuvo que ser muy hermoso. Ahora iba del blanco al gris o, como mucho, a un azul apagado.

—No te creo —musité al cabo de unos minutos.

—¿Qué? —dijo Samuel, que se había recostado a mi lado.

—Que no te creo. No me trago que la televisión esté controlada ni que las universidades estén al alcance de cualquiera...

—Yo no he dicho eso. Están al alcance de cualquiera con dinero.

—Nosotros tenemos dinero.

—Técnicamente lo tienen nuestros padres, no nosotros. Además, las personas con acceso a esos sitios no tienen nada que esconder.

Fue entonces cuando empecé a comprender qué era lo que estaba insinuando. Sentía cierta rabia hacia su padre, al que apenas veía. Bueno, en realidad sí que lo veía a menudo: por la tele. Era un político y, al parecer, uno muy bueno, de esos a los que la gente admiraba y escuchaba. Esa impresión daba cuando salía en el canal de noticias... Aunque, si era cierto que la tele pasaba por un filtro, tal vez la idea que yo tenía de él fuera errónea.

Iba a retomar el tema cuando una sombra nos cubrió casi por completo. Nos incorporamos y vimos a Tommy Dean y a sus matones frente a nosotros. Eran dos años mayor que yo, pero jamás me habían

intimidado. Samuel, en cambio, se tensaba cada vez que se cruzaba con ellos.

—Eh, rubiales, ¿ya estás ligando con esta otra vez? —dijo Tommy en un tono irritante.

—Cállate, Dean —repliqué yo—. Nadie se ríe nunca con tus estúpidos comentarios, ¿por qué sigues haciéndolos?

Un rictus de ira le demudó la cara.

—Algún día te daré una bofetada, enana, y dejarás de vacilarme. Me puse en pie.

—¿Necesitas la ayuda de tus dos gorilas para enfrentarte a mí?

Él hizo un ademán con la mano para indicarles que no se movieran.

—Yo no pego a las chicas, pero el día que haga una excepción no vas a saber ni cómo te llamas. En cambio, al pringado ese de ahí...

—Miró a Samuel con mucha rabia—. Con este no tengo ningún reparo.

—¿Necesitas recurrir a la fuerza para esconder tu falta de cerebro, Dean? —contestó Samuel para disimular su nerviosismo.

—No vayas de listo conmigo, Harkness. Tu cerebritito no podrá salvarte.

Acto seguido, se le echó encima. Samuel se había incorporado hacía escasos segundos y, de pronto, volvía a estar en el suelo, esta vez envuelto en una maraña de arañazos y puños. Yo no entendía por qué Tommy le tenía tanta manía: Samuel caía bien a todo el mundo, nadie se metía con él... Pero quizás ese fuera el problema.

No pensaba quedarme mirando cómo le daba una paliza. Mi naturaleza me incitaba a inmiscuirme y a defenderle, aunque era consciente de que podía salir muy mal parada. No es que yo fuera violenta, pero sí que tenía cierta predisposición para pelearme si la

situación lo requería. Avancé un par de pasos para detener a Tommy, pero uno de sus amigos me agarró del brazo con fuerza.

—¡Suéltame, asqueroso! —le ordené.

—No te metas. Esto no es asunto tuyo.

Era absurdo seguir discutiendo con él mientras a mi mejor amigo le estaban poniendo la cara morada, así que le escupí en los ojos y me soltó. El otro matón quiso bloquearme el paso: le di un puntapié en la entrepierna y cayó de rodillas sobre el césped. Entonces me tiré a la espalda de Tommy y le rodeé el cuello con los brazos para asfixiarle, no hasta el punto de que perdiera la consciencia, pero sí hasta que le molestara lo suficiente como para que dejase de golpear a Samuel.

De improviso, Tommy se echó atrás de tal forma que quedé atrapada entre su espalda y la hierba. Estaba haciendo fuerza contra mí, pero yo resistía y boqueaba tratando de atrapar el oxígeno que había a mi alrededor. Notaba los pulmones ardiendo, pero aún podía aguantar... Aunque no por mucho tiempo.

Y en ese momento, una voz madura hizo que nos detuviéramos:

—¿Qué está pasando aquí? Quitá de ahí.

Pude respirar de nuevo, pues Tommy ya no estaba sobre mí. Un chico joven lo había cogido por el pescuezo. Se trataba de Teseo Morton. Yo sólo lo conocía porque mi madre y él habían intercambiado unas palabras en contadas ocasiones. Desde hacía unos años, solía pasar un par de semanas de verano en Goldenpark para visitar a su hermana y a su sobrino, que vivían enfrente de mi casa. Ahora tendría unos diecisiete años y a mí siempre me había resultado misterioso, con aquellos ojos de un verde oscuro que su pelo negro parecía aclarar en contraste. Su sobrino Casio estaba a su lado. Era algo más joven que yo.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Después, me echó un vistazo tan breve como un destello y se dirigió a Tommy:

—¿Te parece normal abusar así de una chica que encima es más pequeña que tú?

—No soy tan pequeña —solté. Pero Teseo me ignoró.

—Ha sido en defensa propia —se justificó Tommy mientras se revolvía el pelo, ahora lleno de hojas y ramitas.

—Aun así. Dejaos de peleas, y mucho menos en público. Si tenéis ganas de bronca, os vais a algún rincón donde no llaméis la atención de los demás, ¿queda claro? De lo contrario, alteraréis a todo el mundo. En este parque hay más niños aparte de vosotros.

Todos permanecimos en silencio. Me sorprendía que su reprimenda hubiera consistido en recomendar que nos pegáramos en otra parte en vez de dejar de hacerlo, como solían exigir los adultos. Sin duda, Teseo sabía de buena tinta que, por mucho que nos lo ordenasen o pidieran, las rencillas entre nosotros no iban a desaparecer.

—Bien. Vamos, Casio —masculló, poniéndole una mano en el hombro a su sobrino.

Su serenidad era enervante. Se giraron para marcharse, pero entonces unas palabras nacieron en mi garganta y brotaron de mis labios sin que pudiera detenerlas:

—Si tan poco te importa que nos peguemos, ¿por qué has venido? Teseo se detuvo y se giró lentamente hacia mí.

—Me he sentido obligado a hacerlo. Algunos intentamos disfrutar de una tarde agradable, pero con vosotros aquí armando jaleo es imposible.

Y se marchó. Nos quedamos los tres solos. Sí, los matones de Tommy hacía rato que nos habían dejado y él, en cuanto se dio cuenta, se largó corriendo, no sin antes lanzarnos una mirada de desprecio a ambos.

Observé a Samuel. Le sangraba la nariz y tenía los mechones rubios llenos de matojos y tierra.

—Estás hecho un desastre —le dije, y se encogió de hombros.

Volvimos a sentarnos y retomamos la discusión anterior. Para mi gusto, fue demasiado rápido, pues habría querido charlar con él acerca de lo ocurrido. Pero Samuel estaba esforzándose por olvidarlo. Al cabo de un rato en silencio, me susurró:

—Te agradezco que saltases en mi defensa, Faith. —Su tono transmitía disculpa, arrepentimiento. La antesala de un reproche—: Pero no vuelvas a hacerlo.

—¿Te ha molestado? —exclamé, contrariada.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Porque no necesito que una niña me proteja! —declaró, un poco sulfurado. Yo casi me asusté—. Esto son cosas que un hombre debe afrontar solo. Ninguna mujer debería estar de por medio.

Me quedé muda unos segundos, con los labios entreabiertos en una mueca de desconcierto.

—Tú eres idiota, ¿no? Ni tú eres un hombre ni yo una mujer. Apenas somos adolescentes. ¿Y qué importa que yo sea una chica?

—Me ridiculizas.

—¿Y qué esperas, que me quede quieta? Siempre hemos sido íntimos...

—Pero las cosas cambian, Faith.

—¿Por qué? —pregunté, y me sorprendió descubrir que mi voz sonaba quebrada.

—Porque sí, porque al crecer todo cambia. —Suspiró. Parecía realmente agobiado—. Mira, resulta que... tengo novia.

Mi corazón se detuvo. Estaba segura de que no había oído bien.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Sí, claro que le había oído. Tenía novia. Y aquella revelación me fastidió, pero lo pasé por alto. Todos sus compañeros y chavales de su edad habían comenzado a interesarse por las chicas hacía unos meses y, según las propias palabras de Samuel, tener pareja no era algo que debiera empezar a preocuparles aún. En alguna ocasión que ahora parecía quedar muy lejos, él mismo lo había calificado de *moda*. ¡Una moda! ¿Cómo podía estar de moda fingir sentir algo por una persona? Ahora resultaba que Samuel también había caído en aquel influjo. Y yo que lo consideraba más espabilado que la mayoría... No obstante, era decisión suya y poco podía hacer yo.

Pero seguía pareciéndome ridículo.

—Está bien —dije muy despacio—. Tienes novia, ¿y qué?

Desvió la mirada y apretó los dientes.

—Que a ella... —tragó saliva— a ella le molesta que esté contigo.

—¿Qué?

—Sí. También le molesta que sea un *blandengue* —explicó con retintín—. Esas fueron sus palabras.

Debía de ser la típica cría que había buscado novio sólo porque era lo que habían hecho las demás, porque tener pareja les hacía sentir mayores y porque ella no quería ser menos que sus amigas. Como un idiota, Samuel se había dejado atrapar por una estúpida que ni siquiera apreciaba lo que tenía.

—A mí no me pareces un blandengue —murmuré en voz muy baja.

—El caso es que... me voy a casa —anunció él—. Pronto habrá toque de queda.

Y sin volver la vista, echó a andar.

Cuando llegué a mi calle, ya estaba oscureciendo y no había casi nadie. Todos los niños teníamos la obligación de estar en casa a las ocho. Faltaban siete minutos. Observé Forceland cuando estaba a escasos metros de la entrada. Era una bonita mansión de estilo clásico, con columnas corintias de color blanco y jardines con arbustos en forma de animal. La de delante era parecida y en el arco de la puerta se apreciaba el nombre: Nova Trevi. Allí vivía la señora Petra Morton, hermana mayor de Teseo. Por eso no me sorprendió verlo sentado en la acera de enfrente.

Como si hubiera leído mis pensamientos, alzó la cabeza y me miró. Sonrió. Aquella tarde en el parque había sido una excepción, porque casi siempre me sonreía cordialmente.

En mitad de la calle, vacilé. No me apetecía entrar en casa y que mi madre detectara mi pésimo estado de ánimo antes de someterme al tercer grado, así que me acerqué a él.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo—. La princesa guerrera.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunté, omitiendo su comentario.

—Claro.

Me acomodé a su izquierda. Permanecimos largo rato en silencio. Teseo estaba muy concentrado observando la nada. Yo lo escruté a él. Su expresión sugería afabilidad, pero en sus ojos había algo sombrío. Su mirada era dura y penetrante.

Entonces hizo una mueca de tristeza que me llamó la atención.

—¿Qué pasa?

Él no pronunció palabra. Aguardé unos instantes, creída de que necesitaba tiempo para formular una contestación, para sincerarse... Pero la respuesta no llegó.

—¿Alguna vez has salido de aquí? —inquirió cuando estaba a punto de levantarme para irme, ya segura de que no querría hablar.

—¿De dónde?

—De Goldenpark.

Negué con la cabeza, recordando una vieja promesa.

—No.

—Así que nunca has visto un cielo estrellado.

—Claro que sí. Desde aquí se ven algunas estrellas.

—No más de tres o cuatro, y no todas las noches —replicó.

—¿Y cuántas quieres que se vean?

—Lo normal es que haya cientos.

Me eché a reír.

—No es verdad. En algunas películas sí que aparecen cielos con muchísimas estrellas, pero eso está hecho por ordenador. No es real.

—Una vez lo fue. Y en algunos puntos del planeta aún puede apreciarse.

—¿En cuáles?

Se encogió de hombros.

—No sé. El Congo, Chile, Noruega, Alaska...

—¿Has estado en todos esos sitios?

—Sí.

—¡Hala! ¿Por qué viajas tanto?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Yo no vivo aquí, Faith... Es Faith, ¿no?

—Sí.

—Pues eso, Faith, yo no vivo aquí. No estoy autorizado a hablar de según qué cosas.

Asentí, comprendiendo. Estaba acostumbrada a que los pocos visitantes que nos honraban con su presencia dieran esa explicación

para excusar su silencio, pero aquel día, tras la charla con Samuel, eso me pareció más exasperante que nunca. Sin embargo, haber pensado en Samuel hizo que me concentrara en otros asuntos. Teseo lo notó.

—¿Y esa cara?

—Es por Samuel... El chico rubio con el que estaba hoy. Ahora resulta que tiene novia y que a ella no le gusto porque paso demasiado tiempo con él. O algo así.

—¿Que tiene novia? —Aquello pareció hacerle gracia—. ¿No sois algo jóvenes para andar complicándoos la vida de esa forma?

—Y yo qué sé —respondí de mal humor—. Yo paso de estas cosas, pero me preocupa que nuestra amistad se fastidie por culpa de... Bueno, no sé ni quién es.

—Vaya. Bueno, ¿sabes?, si ese chico tiene algo de cerebro, la mandará a hacer puñetas.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque tú eres una amistad que vale la pena cuidar. He visto cómo te lanzabas contra ese chico... Toby.

—Tommy —lo corregí.

—Como sea. Lo has hecho por ayudarle y, al fin y al cabo, eres una niña. No es que te menosprecie, pero podrían haberte hecho mucho daño.

—Ya, pero no me importa. No me da miedo pelearme. A muchas de mis amigas les ha dado ahora por ir de compras, pero a mí eso me aburre.

Él esbozó una media sonrisa.

—¿Sabes? Estoy seguro de que algún día esos chicos pasarán de pelearse contigo a pelearse por ti.

—¿Por qué crees eso?

—Es una corazonada. Pero ya verás como tengo razón.

—Espero que no. No soportaría tener a tanto idiota detrás de mí.

Teseo soltó una breve carcajada y no dijo nada. Por un momento, pareció perderse en sus recuerdos. Y entonces en el cielo se proyectó un reloj digital que marcaba las 20:00 h y una voz robótica anunció la hora de irse a casa. El toque de queda.

—En fin, Faith, ha sido un rato agradable. Me gustaría hablar contigo más a menudo —comentó mientras ambos nos poníamos en pie.

—Sí, a mí también. Adiós —murmuré.

—Nos vemos.

Le di la espalda y me dirigí a casa. Cuando estuve en la puerta y hube metido el código para que se abriera, me volví hacia él para echarle un último vistazo, pero ya había desaparecido.

Entré en Forceland y atravesé el jardín surcado de fuentes, flores, estatuas de mármol y arbustos con su propia morfología. En el interior me acogió el frescor del aire acondicionado. El servicio ya se había ido y ahora sólo estaríamos mi madre y yo... O eso pensaba, porque cuando pasé al salón me encontré no sólo a mi madre, sino también a tres de sus amigas. Todas vestían con elegancia y eran guapísimas. Me quedé deslumbrada con su distinción y su porte, a los que ya tendría que estar acostumbrada. Parecían de la realeza.

—Oh —murmuró mi madre—, ya está aquí la niña. Bueno, queridas, ha sido un placer compartir la tarde con vosotras.

—Igualmente, Martina —respondieron ellas mientras se incorporaban con la gracia de un cisne.

—Espero que se repita pronto —dijo una.

Las demás asintieron y fueron abandonando el salón, no sin antes despedirse de mí con una encantadora sonrisa que me esforcé en devolver.

Mi madre las condujo hasta la salida y desde allí las despidió con entusiasmo.

—¡Hasta pronto! —Y acto seguido cerró la puerta y me miró—. ¡Faith! Tú ropa... ¿Por qué está tan sucia?

Casi se me había olvidado mi aspecto zarrapastroso, y es que ni mi madre ni ninguna de sus amigas habían mostrado el menor indicio de sorpresa o escándalo. Eran mujeres con un perfecto autocontrol, habituadas a rehuir los contratiempos. Ahora, en cambio, mi madre me miraba con aire inquisitivo. Clavé la vista en mis *shorts* y mi camiseta de tirantes. Ya no había ni rastro del blanco impoluto; ahora, ambas prendas ofrecían un aspecto verdoso y marrón.

—He estado jugando en el parque.

—¿Y a qué demonios jugabas? ¿A ver quién se revuelca durante más tiempo por el suelo?

No entendía por qué le fastidiaba tanto que me ensuciase la ropa si, total, no la lavaba ella. En ese momento reparé en una bolsa de la compra que había en una silla junto a la pared. La marca me indicó que se trataba de productos de belleza. Eso no era infrecuente: seguro que la industria cosmética le debía gran parte de su fortuna a mi madre. Bueno, vale, estoy exagerando, pero es cierto que lo que más compraba eran cosméticos, cremas rejuvenecedoras y cosas por el estilo. Aunque ella ya era muy, muy guapa. Siempre lo había sido... No obstante, se esmeraba por no dejar de serlo.

Ella no era la única que mostraba una preocupación desmedida por su físico. La madre de Samuel también se pasaba horas frente al espejo, pensando en cómo mejorar. Y muchas conocidas de mi edad también empezaban a interesarse por todas esas cosas.

—¿Por qué sois todas tan guapas? —pregunté de pronto—. ¿Y por qué os importa tanto?

Mi madre frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Sois muy guapas y cada día parece que lo seáis más. En el supermercado hay una sección de belleza enorme, más grande que ninguna otra, y sé que hay un servicio de tratamientos a domicilio que os hacen varias sesiones al mes. ¿Por qué?

No era la primera vez que le salía con esas, aunque sí la primera en el último par de años. La novedad esta vez fue que tuve la sensación de que iba a obtener las respuestas que buscaba.

—Cariño... —Exhaló un largo suspiro—. Ven, vamos a mi habitación.

Subimos las escaleras curvas hacia el segundo piso. Los elaborados detalles de la lámpara de araña que colgaba en el recibidor se apreciaban mucho más desde allí. Era preciosa y brillante. En alguna ocasión fantaseé con que se caía encima de mi institutriz.

—Cariño, ve a tu habitación, ponte el pijama y ven a verme, ¿de acuerdo?

Asentí y me fui a mi cuarto. Para mí, ese era el lugar donde mejor me sentía, más que en ningún otro. Mi cama, bastante grande, era de un brillante color violeta que contrastaba con las paredes blancas y azules y, delante, resplandecía una pantalla holográfica. Tenía un escritorio con un ordenador táctil, un armario empotrado y una estantería repleta de libros, tanto electrónicos como tradicionales, aunque de estos últimos había menos. Y una consola de realidad virtual, por supuesto.

Me puse el pijama y acudí directa al dormitorio de mi madre.

Era mucho más grande que el mío. El suelo era de doble altura, su armario medía tres veces más, las paredes eran blancas con algunas florituras granates y lo más impresionante de todo era su

tocador: tenía una decena de cajones y compartimentos extraños y estaba lleno de productos de belleza. El espejo era electrónico, así que podías introducir un programa de maquillaje o peinado y en su superficie se proyectaba la imagen reflejada, pero con la opción que hubieras escogido, como si de verdad te hubieses aplicado el cambio.

Mi madre también se había preparado para dormir. Llevaba un camisón *beige* que se ajustaba en el busto y una bata dorada de satén con sus iniciales bordadas sobre el corazón. Su cabellera negra le caía en suaves ondas sobre los hombros y la espalda. Sus ojos oscuros eran grandes y expresivos, enmarcados por unas pestañas sedosas y negras; tenía una nariz menuda, ligeramente respingona, y unos labios carnosos. Una de las cosas más llamativas de su físico, al menos para mí, era la marca de nacimiento de su antebrazo: una mancha más oscura que el resto de la piel, rodeada por unas motas, como causadas por un pincel goteante. Decía que la había tenido siempre, al igual que otros parientes suyos, porque tendía a heredarse. No obstante, ese no había sido mi caso.

Con un gesto, me indicó que me sentara en el taburete frente al tocador y cogió un cepillo con el que empezó a peinarme.

—Faith, ¿qué crees que siente tu padre por mí?

Yo pensé en mi padre. Se llamaba Percival Canavan y era una importante figura del mundo de las farmacéuticas y el avance tecnológico. Su abuelo fue un americano que llegó a China con una de las dos grandes oleadas de inmigración que hubo a principios de los años veinte. Apenas sabía más de él.

Las pocas veces que pasaba por casa, me daba un beso en la frente, me preguntaba cualquier trivialidad y se iba con mi madre al dormitorio tras indicar que no quería que lo molestaran.

—No sé. Cuando viene, pasa más tiempo contigo que conmigo y luego, cuando sale de la habitación, se lo ve de mejor humor. Supongo que te aprecia.

Su rostro se ensombreció. Bajó la vista y contempló mi pelo; lo acariciaba con suavidad y delicadeza.

—La verdad es que, si tu padre me aprecia, es porque soy hermosa. El día que deje de serlo, todo cambiará.

Fruncí el ceño.

—No entiendo lo que dices.

—Faith, ya eres mayor. Mientras has sido niña, he querido que vivieras ajena a todo y que fueras feliz, pero pronto te convertirás en una adolescente y deberás entender cómo funciona el mundo.

—¿Y cómo funciona?

—Lo primero que debes saber es que para las mujeres no funciona igual que para los hombres. Este es un mundo hecho por y para ellos. Nosotras luchamos por nuestra supervivencia cada segundo que pasa.

—Los hombres también —objeté.

—Pero no en el mismo sentido. Como este es un mundo de hombres, y lo ha sido siempre aunque la sociedad se esfuerce en crear lo contrario, la mujer tiene como objetivo principal obtener el favor de un hombre. Y hay una cosa que sólo nosotras podemos darles y que desean. —Me miró y yo me quedé callada, aguardando a que prosiguiera—. ¿Entiendes por dónde voy?

Empezaba a vislumbrarlo, pero no estaba demasiado segura. Hablaba del sexo masculino con un resentimiento y una amargura alarmantes que yo no atinaba a comprender.

Ante mi silencio, continuó:

—Los hombres buscan el placer, cariño. Y la mayoría sólo lo encuentra en nosotras por las relaciones sexuales.

Mi institutriz había empezado a hablarme de eso hacía unos cuantos meses. Yo todavía desconocía por completo la naturaleza de aquello. Comprendía que el objetivo era tener hijos, pero ¿qué había más allá de eso?

La cara, ahora enrojecida, me ardía por la vergüenza. No era el mejor tema de conversación con una madre, pero tampoco quería evitarlo. Si hablar de ello iba a ayudarme a entender algunas cosas, estaba dispuesta a pasar por el aro.

—¿Y eso es lo que le das tú?

—Así es. Él quiere compartir eso conmigo porque me encuentra atractiva. El día que deje de serlo... ¿Ves todo lo que nos rodea? La casa, la piscina, tu ropa, la educación, tus juguetes... Todo eso es posible porque nos lo da él. Porque yo, a cambio, le ofrezco mi compañía.

Ahora lo entendía. No pude evitar acordarme de algo que me había explicado Samuel hacía sólo una semana: la prostitución. Me dijo que existían mujeres que ofrecían su cuerpo a hombres a cambio de dinero, como si lo alquilaran por unas horas. Primero a uno, después a otro. Con eso se ganaban la vida. Asumía que las que tenían ese oficio lo hacían porque querían. Pero ahora empezaba a dudarlo. Quizás algunas sí que estuvieran a gusto con aquello, pero no todas. ¿Por qué estaba pensando en algo así? Mi madre no tenía nada que ver con eso... ¿O sí?

—Por eso te cuidas tanto... Para seguir gustándole.

—Eso es. Mis amigas hacen lo mismo. Y las madres de tus compañeros también.

—¿Y qué pasa con Jarek?

Jarek era un hombre que vivía en Goldenpark. Solo.

—Él... Él mantiene el mismo tipo de relación con su pareja, cariño, pero funciona de forma un poco distinta. Son dos hombres. Y, como ya he dicho, entre hombres las cosas son distintas.

¿Lo eran?

Permanecimos en silencio un momento.

—¿Mamá?

—Dime.

—Si papá es capaz de quitarnos todo lo que nos ha dado sólo porque tú puedes dejar de gustarle algún día, es que no nos quiere, ¿no?

Mi madre suspiró pesadamente.

—Es complicado, cariño.

—¿Mamá? —volví a inquirir.

—¿Sí?

—¿Lo que estás haciendo es... es digno? ¿Está bien?

No me atreví a especificar y permití que el silencio lo hiciera por mí. Ella lo comprendió y dejó de peinarme. En el espejo vi reflejado su rostro, que se tornó pálido. Me miró como si estuviera viendo a una extraña. Su mano tembló y, por un momento, pensé que iba a darme una bofetada, pero su reacción fue muy distinta.

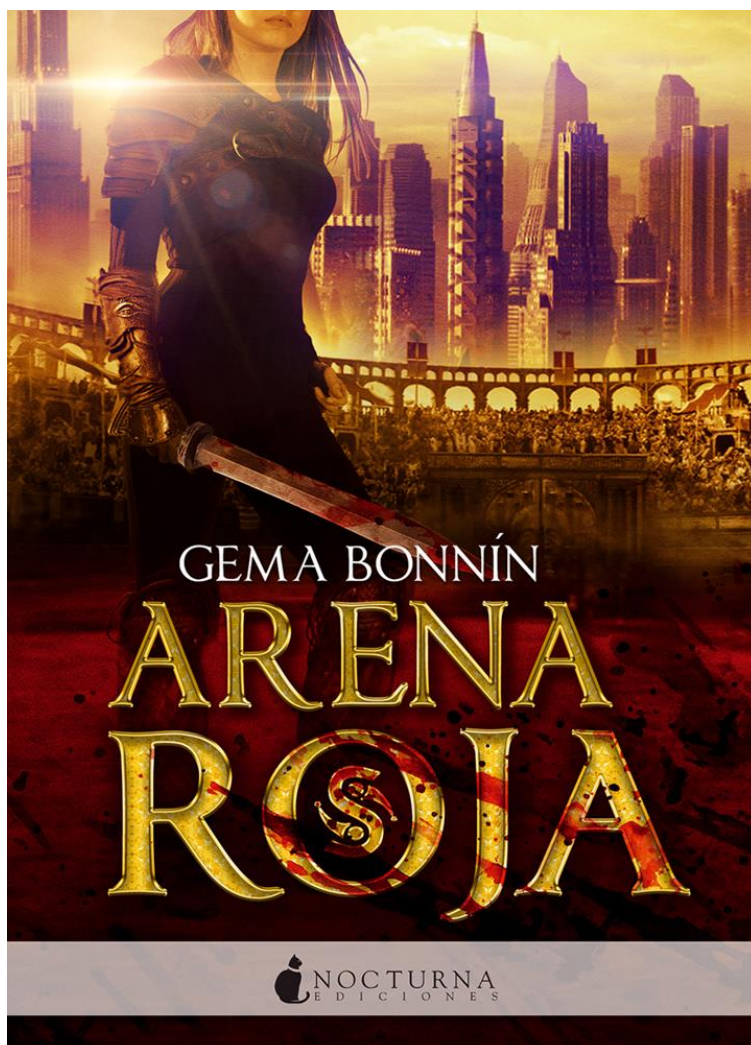
Agachó la cabeza y perdió la postura erguida de la que siempre hacía gala. Durante unos segundos, sólo oí su respiración pausada.

—Espero que sí, cariño —dijo con un hilo de voz—. Espero que sí.

SIGUE LEYENDO

ARENA ROJA

Gema Bonnín



ISBN: 978-84-945277-0-8 | PVP: 16,00 € | A la venta: 30-5-2016

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com